

REAL ACADEMIA
DE
CÓRDOBA

COLECCIÓN
RAFAEL CASTEJÓN
I

CORDOBESES DE AYER Y DE HOY

JOSÉ COSANO MOYANO
Coordinador



2016

CORDOBESES DE AYER Y DE HOY



JOSÉ COSANO MOYANO
Coordinador

REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

JOSÉ COSANO MOYANO
Coordinador

CORDOBESSES
DE AYER Y DE HOY

REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

2016

CORDOBESES DE AYER Y DE HOY
(Colección *Rafael Castejón I*)

Coordinador: *José Cosano Moyano*

© De esta edición: Real Academia de Córdoba

© Los autores del libro

© De la portada: M^a José Ruiz López

ISBN: 978-84-946378-5-8

Dep. Legal: CO-2429-2016

Impreso en Litopress. Edicioneslitopress.com. Córdoba

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba

AVERROES, GRANDE DE CÓRDOBA

JUAN JOSÉ PRIMO JURADO
Real Academia de Córdoba

Córdoba y Averroes

Un hotel de tres estrellas en el Campo Madre de Dios, una calle en el barrio de la Judería, un instituto de enseñanza en el barrio del Sector Sur, un colegio de enseñanza primaria en la zona de la Avenida Carlos III, una autoescuela y un proyecto de hospital privado, llevan el nombre de Averroes en Córdoba. Mucho más, que en cualquier país musulmán actual. Pero, sin duda, la mejor de las contribuciones materiales que le dedicó su ciudad natal, fue la estatua que se alza al final de la calle Cairuán o calle de la Muralla, obra de Pablo Yusti y erigida en los años 60 del siglo XX, por orden del alcalde Guzmán Reina.

De su descripción, mejor que nadie, se encarga el propio Julio Merino:

“Fijaos bien en su vestimenta, sobre todo lo que lleva en la cabeza y lo que sostiene su mano. En la cabeza lleva un turbante, que algunos piensan que los árabes utilizan para cubrirse de la arena del desierto, de los rigores del calor y de la luz solar. Pero el turbante era también un elemento espiritual de la fe que identificaba al creyente, hasta el punto de que llamar a la puerta de alguien sin turbante era considerado un insulto. Con su mano izquierda y apoyada en las rodillas sostiene un libro, o sea la sabiduría. Y ahí, entre esos dos símbolos, hay que situar la grandiosa obra de Averroes, entre la fe-teología y la sabiduría-ciencia. Porque toda su vida se la pasó pensando y escribiendo sobre la fe y su relación con la ciencia. Para Averroes la fe y la ciencia no son enemigas, sino complementarias, ya que la fe sólo llega hasta donde comienza la ciencia y la ciencia se acaba donde no encuentra respuestas. Si entre el hombre y Dios hay una distancia de 100 kilómetros y la ciencia sólo llega hasta el kilómetro 10 el resto, los otros 90 kilómetros, sólo pueden recorrerse a través de la fe. Pero fijaros también en sus vestidos. Como veis lleva una túnica larga, que le llega desde el cuello hasta los tobillos. O sea justo lo que el Corán manda como vestido del hombre. Lo que demuestra que Averroes fue también un buen creyente y que la obra de Mahoma fue su biblia”.

Averroes, en fin, dejó una de las frases más célebres sobre Córdoba y de las que nos enorgullecemos siempre los actuales cordobeses, cada vez que

evocamos nuestro glorioso pasado. El historiador Al Maqari pone en boca de Averroes, la respuesta que le dio éste al califa almohade Ibn Zuhr, cuando le preguntó a una serie de sabios andalusíes, con los que departía en su corte de Sevilla, cuál era la diferencia entre dos ciudades tan hermosas y próximas como Sevilla y Córdoba:

“Dijo Averroes a Ibn Zuhr: Si muere un sabio en Sevilla y se quieren vender sus libros, éstos son llevados a Córdoba para ser vendidos en ella; y si muere un músico en Córdoba y se quieren enajenar sus instrumentos, éstos son llevados a Sevilla, donde saben que encontrarán un excelente comprador para sus instrumentos. Córdoba es en todo el mundo la ciudad que más libros tiene”.

Vida

Abu-l Walid Muhammad ibn Rusd, Averroes en su forma latinizada, nació en Córdoba en el año 1126 y murió en Marrakech, capital del Imperio Almohade, en 1198. Es el gran pensador árabe, uno de los médicos más importantes de su tiempo y grandísimo hombre de leyes por tradición familiar. Su abuelo, su padre y él mismo fueron Cadí Alchamaa de Córdoba, o sea Jefe Supremo de la organización judicial, que sólo tenía por encima al propio Califa, aunque era nombrado por el pueblo. El Cadí Alchamaa tenía que brillar por sus cualidades morales, por su integridad, por su vida intachable, llaneza de trato, independencia y decoro. Su abuelo, que llevaba el mismo nombre que él, Abu-l Walid Muhammad, había desempeñado este cargo durante largo tiempo y había sido luego una autoridad en derecho malikita, consejero de varios soberanos y príncipes.

Averroes continuó la tradición jurídica de la familia y alcanzó, siendo muy joven, fama de gran jurisconsulto, apoyada en el libro *Punto de partida del jurista supremo y de llegada del jurista medio*.

Estudió al mismo tiempo teología y materias literarias. Hasta este momento no había salido de los programas ordinarios escolares de su tiempo; pero no paró aquí y se dio a conocer al mismo tiempo como médico de gran valor. Además de medicina, estudió astronomía en el *Almagesto*, del que hizo un compendio, y filosofía, en la que le iniciaron, sobre todo, las obras de Ibn Bayya, el filósofo hispanoárabe muerto en 1139, conocido en Europa con el nombre de Avempace. Conoció, pues, todo lo conocido en su tiempo y en su ambiente, y a lo largo de su vida no dejó de profundizar, no sólo con nuevas lecturas, sino también con reflexiones y observaciones directas; tanto, que uno de sus biógrafos dice de él que desde la edad de la razón hasta su muerte no cesó de estudiar, salvo el día de su boda y el de la muerte de su padre.

Averroes fue un claro exponente de los andalusíes, los habitantes de Al-Ándalus, descendientes de los conquistadores del año 711 y que sentían esa tierra como suya. Su abuelo conoció el Califato de Córdoba en sus últimos días, antes de que la *fitna* liquidase el admirable edificio institucional construido por los Omeyas cordobeses. Luego llegarían los débiles reinos de taifas y las sucesivas invasiones de fundamentalistas africanos, almorávides, almohades y benimerines. Los dos primeros fueron conocidos por Averroes. Como él, los demás andalusíes tuvieron que adaptarse a la realidad de aceptar esos duros amos, a cambio de recibir su protección frente al avance de la Reconquista cristiana. Nada positivo aportaron esos invasores, que mantenían la capital de sus imperios en Marruecos. Y a pesar de todo, cada vez más lejana la primavera de los Omeyas, aún los andalusíes continuaron dando personajes notables, como Averroes.

Y Averroes triunfó políticamente. El primer califa almohade Abd al-Mumin (1130-1163) le confió varias misiones. Su sucesor Yusuf (1163-1184) lo tuvo en gran estima. El soberano era entendido en filosofía y planteó problemas de esta disciplina a Averroes cuando le fue presentado por el médico de la corte Ibn Tufayl, otro filósofo hispanoárabe conocido en Occidente por la novela místico-filosófica *Hayy ibn Yaqzan*.

Al principio, Averroes se mostró reticente, porque conocía (y tendría amarga experiencia de ello al fin de su vida) los riesgos de profesar la filosofía en un ambiente que tendía a identificarla con la herejía; pero cuando vio que el mismo califa planteaba un tema arriesgado, ya no vaciló y conquistó con su doctrina el ánimo de su interlocutor, quien le regaló una gran suma, un suntuoso abrigo de pieles y una bella cabalgadura. Lo nombró además médico de corte y le confió, en España y en Marruecos, una serie de misiones que culminaron en 1182 con el nombramiento de cadí de los cadíes de Córdoba.

Bajo el reinado del sucesor de Yusuf, Abu Yusuf Yaqub al-Mansur (1184-1199), el vencedor de los cristianos en la batalla de Alarcos, continuaron los honores. Pero en 1195, el califa, cediendo a las presiones de los teólogos y de los canonistas, que veían en las ciencias profanas, y sobre todo en la filosofía, un peligro para la religión, publicó un decreto contra los cultivadores de estas disciplinas y confinó en Lucena a su protegido, que había sufrido el disgusto de ver cómo se quemaban sus obras en la plaza pública y de verse expulsado, juntamente con su amigo Ibn Zühr (Avenzohar), de la mezquita por la plebe fanatizada. Tres años después, en 1198, el califa revocó sus edictos y volvió a llamar junto a sí a Averroes, que murió pocos meses después en Marrakesh, probablemente de una afección cardíaca.

Averroes médico

A su profesión de juez, Averroes sumó las de médico, politólogo y, sobre todo, filósofo. Comencemos con la de médico. Averroes fue un estudioso de la medicina y su obra *Colliget*, un resumen completo de lo que se sabía de la medicina hasta entonces. Tal fama alcanzó como médico que el califa almohade lo hizo Médico de la Corte, cargo de gran proyección política. Averroes estudió a fondo el cuerpo humano y especialmente el sistema nervioso y los órganos situados en el tórax-abdomen, o sea los pulmones, el corazón, el esófago, el estómago, los intestinos, el hígado, el bazo, la vesícula, los riñones, la vejiga, el peritoneo y hasta el aparato genital. Aunque sus mejores estudios los realizó sobre los ojos y la vista. Y buscando soluciones para las enfermedades, estudió en profundidad los alimentos y las bebidas, las carnes, los pescados, las verduras, la harina, los huevos y las legumbres y las frutas.

Averroes y el arte de gobernar

También escribió mucho sobre la política, el arte de gobernar y los sistemas de gobierno. Para Averroes el arte político y el ejercicio de gobierno son una misma cosa que sólo se diferencian en que la primera debe ser la prudencia como sabiduría y la segunda la prudencia como política: “La política no es un arte práctico fundamentado en la necesidad, sino una ciencia especulativa, cuya misión es alcanzar las ideas más convenientes para el gobierno de los hombres y más apropiadas para promover la sociedad humana que mejor se adecue con el orden social necesario”.

Para Averroes, los hombres se clasifican en tres grupos claramente identificables: los materiales, los esforzados y los sabios. Los primeros pretenden conseguir el placer; los segundos el honor, y los terceros los saberes, la ciencia.

Especial interés tuvo a lo largo de su vida luchar contra la corrupción de los políticos, los gobernantes y los califas: “Muchas veces vemos a los gobernantes corromperse y transformarse en hombres tiránicos. Un ejemplo en este tiempo nuestro es el de la dinastía conocida por los almorávides. Al principio imitaban al gobierno basado en las normas, pero luego cambiaron y fueron transformándose en una timocracia en la que dominaba la pasión por la riqueza”. “Cuando la corrupción -escribe en otro lugar- llega a lo más alto del Poder los gobernantes se transforman en tiranos”.

Averroes filósofo

Como pensador y filósofo, Averroes, no sólo destacó por sus propias ideas, sino por haber salvado del olvido a Aristóteles y a la filosofía griega. Averroes fue conocido en Occidente como “el Comentador” por haber traducido y divulgado las obras de Aristóteles. De entre sus numerosas obras, destacan precisamente los *Comentarios a Aristóteles*, de los cuales existen el *Comentario mayor* (1180), en el que explica frase por frase el *corpus* aristotélico; el *Medio*, en el que explica el conjunto de los textos, y el *Pequeño comentario o paráfrasis* (1169-1178), que resumía su significado general. También comentó *La república* de Platón. Occidente descubre a Aristóteles a través de Averroes, hasta el punto de que cuando en París se empieza a estudiar a fondo la filosofía griega la llaman “Escuela Averroes”.

Entre las grandes inquietudes de Averroes destacó la de delimitar las relaciones entre filosofía y religión. Para Averroes, la religión verdadera se encuentra en la revelación contenida en los libros sagrados hebreos, cristianos y musulmanes. Pero libros como el *Corán*, aun siendo base de la religión verdadera, están dirigidos a todos los hombres, y no todos tienen la misma capacidad de comprensión. La verdad auténtica sólo la alcanzan los filósofos, que basan sus conocimientos en demostraciones rigurosas y absolutamente lógicas. Es obligación de los filósofos descubrir, más allá del sentido literal del libro sagrado, la idea oculta bajo las imágenes y los símbolos.

Así, el *Corán* ofrece una religión natural, de acuerdo con las enseñanzas de la experiencia común, y capaz de ser entendida por la mayoría de la gente que no va más allá de la imaginación en su forma de entender. En este contexto se ubican las dos pruebas sobre la existencia de Dios propuestas en el *Corán*. Primera: el mundo no puede deberse al azar, sino que es obra de un creador, porque todo él está adaptado y ordenado para mantener la vida del hombre, de los animales y de las plantas. Todo lo que existe está orientado al servicio del hombre. La segunda: la admirable disposición y coordinación de todas las cosas entre sí exige un creador.

Pero el *Corán* ofrece también otras doctrinas reveladas, y su originalidad respecto a otros libros sagrados consiste en que ha expuesto los tres principios esenciales de toda religión en un lenguaje asequible a todos los hombres; es decir, en el nivel de la imaginación. Esos tres principios son: la creencia en Dios creador del mundo, la creencia en la existencia de los ángeles y en la misión de los profetas, y la creencia en la vida del más allá con el premio o castigo correspondiente a cada uno.

El eje de la filosofía de Averroes es la diferenciación entre el conocimiento humano y el divino. El conocimiento humano, basado en las cosas sensibles, es

de los sentidos y de la imaginación; no es un conocimiento objetivo. El conocimiento humano mantiene necesariamente una inevitable pluralidad al no estar nunca los inteligibles totalmente desligados de las formas imaginativas. Además es incompleto, porque no capta la esencia de las cosas, sino sólo los “accidentes” de las sustancias.

El conocimiento divino intuitivo, por el contrario, no depende de las cosas exteriores a la mente, sino que las cosas dependen de su conocimiento, que es la causa y razón de la existencia de ellas, y abarca la infinidad de todas juntas. No se basa en la multiplicidad debida a la clasificación de los seres, sino en la unidad orgánica de la esencia de los seres, en cada uno de los cuales se manifiesta la sabiduría divina, unidos entre sí según un orden y coherencia. Dios, conociéndose a sí mismo, produce las cosas, y ese conocimiento es en sí la concreta realidad objetiva del mundo.

Al doble conocimiento corresponden dos modos en la realidad. La realidad nouménica del universo es el objeto del conocimiento intuitivo divino. Ese conocimiento divino es a la vez idéntico a Dios, porque la actividad cognoscitiva de Dios es la misma actividad productora del mundo. En esta realidad nouménica el mundo es una creación continua de la fuerza inmanente en él.

El otro modo es la realidad fenoménica, objeto del conocimiento discursivo cuya mayor realización se da en la filosofía griega con Platón y Aristóteles. Según Averroes, el mérito de estos filósofos está en haber reconocido la necesidad de la existencia de una realidad nouménica superior (principio supremo, Dios), pero erraron al hablar de ese primer principio en términos derivados del conocimiento empírico. No se puede pensar en la voluntad divina al modo de los agentes de la realidad fenoménica. Averroes señala su posición al respecto en esta escueta afirmación: “Dios conoce las cosas no porque tenga un determinado atributo, sino porque éstas son producidas por él en cuanto él las conoce”. La actividad cognoscitiva de Dios es por sí misma creadora del mundo.

Siendo el conocimiento de Dios el origen del mundo, está claro que éste, lo mismo que su hacedor, no puede tener principio ni fin. Es nuestra mente quien concibe el principio y el fin del mundo, al considerar la realidad bajo la categoría subjetiva del tiempo. Averroes trata el problema de la distinción entre tiempo verdadero y tiempo abstracto en su breve tratado *Solución al problema: creación o eternidad del mundo*. El tiempo verdadero no se compone de momentos temporales separados por un principio y un fin. Debe ser considerado, más bien, como una circunferencia en la que todo punto es al mismo tiempo principio y fin de un arco. El tiempo abstracto es el tiempo

abstraído de la realidad del mundo, que se le aplica como medida, y es representado como línea recta.

Averroes sostuvo además el monopsiquismo, es decir, la existencia de una sola mente (alma) supraindividual y universal, de la que la inteligencia (psique) sería una simple y provisional manifestación. Es decir: el hombre no posee un alma propia, sino que participa, hasta que muere, del alma colectiva. Contrariamente a las enseñanzas islámicas y cristianas, desde el punto de vista del individuo no existe ninguna esperanza de eternidad: el alma está destinada a morir con el cuerpo.

Nociones como ésta valieron a Averroes una condena de exilio (en 1195) y suscitarían la sospecha de herejía en el averroísmo latino, orientación filosófica difundida después de 1270 en Occidente y muy particularmente en París, gracias a las enseñanzas de Sigieri de Brabante. En 1277, el arzobispo Stefano Tempier condenó 219 tesis sostenidas por aristotélicos averroístas, empezando así una polémica filosófica que no terminaría hasta el Renacimiento.

La orientación averroísta que elevaba a Aristóteles a la categoría de *auctoritas*, incluso por encima de la Biblia, se difundiría a partir del siglo XIII entre las *magistri artium*, los profesores de formación laica que controlaban en las universidades la enseñanza de las *scientiae* (aritmética, música, geometría) y de la *scientia prima*, la metafísica aristotélica. El choque entre estos intelectuales y la ortodoxia religiosa alcanzó su cima con el Tomismo, pero a pesar de la influencia de Santo Tomás de Aquino (para quien Averroes había desfigurado las enseñanzas de Aristóteles), el espíritu del averroísmo sobrevivió en la tradición aristotélica del Renacimiento (en particular en Pomponazzi). Su llamada a la superioridad de la razón sobre la fe, al valor de la filosofía natural (la práctica científica) en oposición a la teología, se convirtió en un importante regulador de la mentalidad científica moderna. Como homenaje, el pintor Rafael lo incluyó entre los filósofos que retrata en su fresco para el Vaticano, *La escuela de Atenas* (1510-1512).

Averroes en el islam actual

Igual han encontrado apoyo intelectual en el filósofo de Córdoba los defensores de un racionalismo universalista que los mentores del yihadismo. No es de extrañar, pues metafísica, teología, ética y política nunca han sido categorías estancas en la historia islámica, por más que hoy se tienda a disociarlas a la manera de la tradición cristiana occidental.

Desde un primer momento, el racionalismo islámico se forjó en el debate con el dogmatismo de los defensores del principio de autoridad. Pero estas polémicas, de carácter eminentemente teológico, se desarrollaron siempre en

términos dialécticos, lo cual constituyó una disciplina de la tradición islámica, el *kalam*. Hasta finales del siglo XI no se desterró la dialéctica como herramienta discursiva en el Oriente árabe, mientras que en el Magreb y Al-Ándalus pervivió algo más de un siglo. Cuando Averroes desmontó la *Refutación de los filósofos* de Algazel (1058-1111), a quien sobre todo reprochó amalgamar religión y filosofía, y no dar prioridad a la primera sobre la segunda, lo hizo en el marco del movimiento ideológico almohade, que hoy calificaríamos de fundamentalista por su rigorismo espiritual, moral y político.

La recuperación contemporánea de la obra poliédrica de Averroes ha hecho que el pensador andalusí tenga hoy tantos hijos como intérpretes, curiosa ironía para alguien que tanto se afanó en satisfacer el principio de no contradicción aristotélico.

No se puede ignorar que la preeminencia de un Averroes liberal y humanista es fruto de la mirada orientalista que proyectó sobre él el pensador francés Ernest Renan a mediados del siglo XIX. Esta visión la ha asumido también el imaginario árabe. Por ejemplo, es la que popularizó Youssef Chahine en su película *El destino* (1997), donde retrató de una manera libre los últimos años del filósofo, con el que se identificó en su particular batalla contra el fanatismo. En esta película, la lucha vital de Averroes por la luz y la razón queda en suspenso, y sus obras, repartidas entre dos mundos: los muros cerrados de la universidad islámica de Al Azhar y los brazos abiertos de un joven franco de ojos azules, que lleva su obra al mundo cristiano. Para Chahine, como para un nutrido grupo de intelectuales árabes que se postulan como liberales, con Averroes no solo murió la razón islámica, sino que la razón pasó a ser atributo exclusivo de Europa. Pero esto es algo que el resto de la progenie de Averroes desmiente.

El marroquí Mohamed Ábed Yabri (1935-2010), el gran discípulo de Averroes en el siglo XX, es el filósofo que Averroes necesitaba para que se hiciera una relectura orgánica de su obra. En su monumental *Crítica a la razón árabe* analiza las diferencias y similitudes entre filosofía y religión en la tradición islámica, y halla en el Occidente árabe medieval el germen de un “racionalismo realista” que, sostiene, está todavía por aprovechar en la actual filosofía árabe. Si el “racionalismo realista prospectivo” de Averroes se abrió paso en Europa hasta Spinoza, igual podría, según Yabri, canalizar la reconciliación de los filósofos árabes con el legado islámico, proveyéndoles de un marco que les saque de su crisis ontológica.

No menos actual que el Averroes filósofo es el Averroes ulema al servicio del califa almohade. El polémico Ibn Taimiya (1263-1328), que ha servido de base doctrinal a todo el islamismo contemporáneo, adaptó a su modo los postulados averroístas que propiciaban la armonización jurídica de las cuatro

escuelas doctrinales del islam suní, lo cual fue y es una estrategia visionaria. A través de él, Averroes llega al islamismo polimorfo de la actualidad. Incluso al yihadismo: Abdallah Azzam (1941-1989), el líder intelectual de la yihad árabe en Afganistán y referente de todo el yihadismo posterior, bebió del tratado de Averroes sobre la yihad (*El libro del Yihad*; Fundación Gustavo Bueno) en su manual yihadista, conocido como *Súmame a la caravana* (1987). Esta visión, por más que contraríe, no es menos averroísta.

E quando los franceses e el Gran Capitán se desavinieron sobre la partición del reyno de Nápoles, fueron trocados algunos destos caballeros, e los dieron por otros que de la parte francesa estaban presos en poder del Gran Capitán.

G. FERNÁNDEZ DE OVIEDO, *Batallas y Quincuagenas*.
Real Academia de la Historia, t. I, p. 259. Madrid, 1983.

